

RECENSIONES

SEMAINES SOCIALES DE FRANCE: *L'Europe des personnes et des peuples*. Lyon, Chronique Sociale de France, 1962, 416 págs.

Múltiples interrogaciones campean sobre los horizontes europeos: ¿La Europa de los negocios? ¿La Europa de los políticos? ¿La Europa de los tecnócratas? ¿La nación europea?

A tales cuestiones intentaba dar una respuesta oportuna la XLIX sesión de las Semanas Sociales de Francia, celebrada en Estrasburgo del 17 al 22 de julio de 1962. Su respuesta era: *la Europa de las personas y de los pueblos*.

* * *

Creemos que una cuestión previa en el enjuiciamiento de la problemática de estas reuniones de Estrasburgo es la delimitación de la entidad del *valor* de Europa.

De ahí que empecemos notando la presencia de los conceptos de M. Joseph Folliet, en torno a *los valores europeos y la unidad de Europa*. En el sentir de este sociólogo, las características permanentes de la civilización europea son: la insatisfacción, la inquietud, el perpetuo examen, la sed de libertad personal, el gusto por la acción, la idea del progreso... Antes de arribar a tal meta, Folliet ha reflexionado acerca de «civilización, cultura y valores», y ha afrontado el problema de la existencia de una civilización europea. Y, al término de su discurrir en este campo, esgrime una acuciante admonición: *hoy la civilización europea sabe que no sólo es mortal, sino que no es la única civilización verdadera bajo el sol*. Por ende, debe comprobar sus límites, abrirse, aceptar los cambios—precisando lo que quiere dar y lo que quiere recibir.

Por consiguiente, en la ardua empresa de la marcha europea, se impone la agilidad de discernimiento y los cautos distingos.

En tal coyuntura, algo de claridad puede surgir del reconocimiento—con todas derivaciones—de que si bien el aspecto político de la construcción europea ha sido estudiado muy abundantemente, su aspecto personal y social—no menos esencial—nunca ha sido estudiado. Esto es lo que viene a decirnos, poco más o menos, M. Alain Barrère, presidente de las Semanas Sociales—enfocando el asunto *Del hecho europeo a la Comunidad europea*.

Este aserto puede servirnos de punto de partida para iniciar un rápido recorrido por el curso dialéctico de la mencionada Semana de Estrasburgo.

Y el profesor Barrère siente la necesidad de una Comunidad de las personas y de los pueblos; subraya los netos avances producidos en la forja de la Europa unida, y afirma la *estrecha* dimensión de Europa. Lo circunscrito de Europa le lleva a pensar en la edificación europea *en profundidad*: implicar a las personas y los pueblos en la estructuración de nuestro Continente. En el sentir del presidente de las Semanas, la construcción de una verdadera Comunidad europea exige una participación *activa* de los

pueblos europeos. A formular tales exigencias van encaminadas las reflexiones del citado profesor. Un toque clave de su doctrina es ver Europa en una perspectiva dinámica, como una creación continua.

Un interesante aspecto de nuestro renaciente Continente es el abordado por M. Georges Rottier: *los consumidores europeos (niveles de vida y estilos de vida: ¡sugere una distinción!*). Hablando de la Europa de los consumidores, este investigador galo recoge la existencia de tres Europas: I. La Europa de los *parvenus* (los países occidentales de vieja industrialización: Escandinavia, Suiza, Reino Unido y Estados del Mercado Común). II. La Europa de transición (sobre todo, naciones de la Europa Central e Irlanda). III. La Europa mediterránea. En el mencionado estudio se hace hincapié en las particularidades de la pobreza de esta tercera Europa y consígnase la homogeneidad de la Europa rica. (Siete páginas de cuadros estadísticos contribuyen a perfilar la panorámica de todo este asunto de las tres Europas.) Entrando en los problemas, Rottier expresa la sorpresa ante «la poca atención que ordinariamente se presta al problema de la justicia en el reparto de las riquezas materiales y de los frutos del progreso económico», en el interior de una Europa en construcción. Y el aserto del discurrir de Rottier es éste: *si quiere llevarse a cabo la edificación de Europa, la eficacia política y la rectitud moral exigen que cada europeo sea solidario de toda Europa. ¡Buena directriz la señalada!*

Con esta singular faceta se puede poner en relación un test de solidaridad europea recogido por el original trabajo de Philippe Farine, presidente de *Jeune Europe* (Centro de educación y de información europea). La pregunta a que aludimos es la siguiente: «¿Estaría usted de acuerdo en utilizar una parte de los impuestos pagados por los franceses, los alemanes, los belgas..., para ayudar a las regiones más pobres de Europa?» A este test de solidaridad intraeuropea—considerado capital por el autor—correspondían tres tipos de respuestas: 1.º Mayoría absoluta positiva (en los Países Bajos y Alemania). 2.º Mayoría relativa positiva (en Bélgica e Italia). 3.º Mayoría relativa negativa (en Luxemburgo y Francia). Una muestra de *los europeos ante Europa* Otras muestras—no menos significativas y esclarecedoras—se hallarán en los sondeos recogidos por M. Farine.

Desde luego, hay campo para la acción de ese espíritu solidario europeo. Un testimonio nos lo aporta el estudio de M. Georges Desmottes, con el tema *Las personas y las Comunidades de vida en Europa*.

La voz de la Europa de los trabajadores se deja oír—17 páginas—a través de las palabras de Théo Braun: democracia económica; lucha contra la miseria, para la paz; institucionalización del sindicalismo en la Organización europea. En mensaje de la Europa de los agricultores nos llega por medio de M. Albert Genin, presidente de la Sección agrícola del Consejo Económico y Social Europeo: historia de las tomas de conciencia de los grupos profesionales, políticas agrícolas en Europa, política agrícola de la C.E.E., consecuencias y exigencias del nuevo panorama.

Y, con la Europa de los trabajadores, con la Europa de los agricultores, tenemos la Europa de las empresas. André Lebreton pergeña—bajo el signo de las vivientes realidades—las exigencias de la empresa a la escala de una Europa de las personas y de los pueblos.

Cierto que Europa se encuentra entre *las naciones y la Comunidad mundial*. Pues bien; las singularidades del entramado de cuestiones que tal evidencia supone son delineadas por Jean Rivero, profesor en la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas de París. A su juicio, entre la *inútil* Europa invertibrada y la *inaceptable* Europa de la tentación de hegemonía, la Europa *deseable* parece ser la Europa *difícil*, que reagruparía sin aniquilar, que se afirmaría sin imponerse. Pero nada de una Europa-ídolo, nada de una Europa como un absoluto...

Por otro lado, uno de los elementos de la dinámica internacional contemporánea es la descolonización africana y todas sus secuelas. Aquí se impone la cita de la realidad y la conciencia del subdesarrollo. El ingeniero Jean Baboulène—en *Vieja Europa y naciones jóvenes*—se ocupa de tan trascendente problemática. El autor aboga por una

zona de cooperación euroafricana, empresa en la que personas y grupos pueden desempeñar un buen papel (vid. págs. 371-373).

Uno de los problemas que se le presentan a Europa es—según monseñor Weber, arzobispo-obispo de Estrasburgo, en su alocución a la Semana, el 17 de julio de 1962—el de tratar de definir su nuevo papel: el deber de guiar, de ayudar con desinterés, de servir a las nuevas naciones.

Y es la óptica de *mensaje* la que mueve al profesor André Piettre cuando asigna a Europa una misión: misión respecto al *tercer mundo*—difícil y necesaria, realmente única—; misión frente al marxismo—obligando a los europeos a repensar sus *libertades*, como el *tercer mundo* les ha forzado a repensar su *civilización*—; misión frente al mundo de la técnica—tarea: salvar al hombre.

Pero he aquí que, como puntualiza el profesor Maurice Byé—de la Facultad de Derecho y de Ciencias Económicas de París—, Europa no se construye, se vive. Una sociedad humana no es un edificio. Europa, sociedad humana, no se construye: como ser organizado, se educa, se afirma, se preserva. Y el docente de la vecina nación—no creyendo en un determinismo europeo, no creyendo en el *viéto de la Historia*—se pregunta si habrá una *ciudad europea*; toca la cuestión del *bien común* de los pueblos europeos; y se enfrenta con las *responsabilidades políticas de los ciudadanos de Europa*. En sus pensamientos finales, Byé mantiene que hacer Europa obliga a innovar. Ello implica poner a prueba nuestras disciplinas morales esenciales. Cristiana tarea que puede permitir a la juventud la deliberada preparación de la llegada de un mundo nuevo (vid. pág. 388). Apelación a la juventud, pues. Y Europa es una *chance* para la juventud, del mismo modo que lo es la juventud para Europa. Tal es la conclusión del trabajo debido a Mlle. Aline Coutrot.

¿Innovar? Observemos otros matices de la cuestión.

Pasando de la *Europa de la derrota* a la *Europa de la prosperidad*, y de ésta a la *nueva Europa*, nos topamos—siguiendo al jefe del Servicio Económico y Social de *La Croix*, Jean Boissonnat—con el problema del Estado nacional. En *La construction européenne à l'épreuve des réalités*, el mentado periodista, reconociendo que las realidades nacionales tienen profundas raíces, expone—como solución—su fórmula de constitución de Estados plurinacionales, con lo cual se realizaría una auténtica descentralización y las naciones aparecerían como las colectividades descentralizadas de un Poder nuevo (vid. págs. 54-55).

Por consiguiente, esfuerzos de organización. Uno de los principales cabe que sea el de la organización del espacio europeo, a fin de dar a los hombres mejores condiciones de vida. Racionalización, políticas comunes, *planificación europea*: he ahí el cuadro en el que, sin miedo, han de moverse los europeos en estas materias. Esta es, al menos, la posición de Pierre Bauchet, profesor en la Facultad de Derecho de Lille, en su estudio *L'aménagement de l'espace européen*.

Realidad de Europa que lleva, pues, a la necesidad de repensar conceptos. Por ejemplo, la doctrina de los llamados cuerpos intermediarios.

En fin, Europa—por su geografía, su historia y sus responsabilidades actuales—es objeto y sujeto. En ese contexto dialéctico hemos de situar el complejo de *obligaciones de las personas y de los pueblos hacia Europa*. En una bien elaborada—y avanzada (cons. pág. 167)—urdimbre de ideas, el P. Chevallier, S. J., nos introduce en las obligaciones generales y en las particulares. Allí asistiremos a valoraciones en torno a la moral internacional, las leyes generales de buena vecindad, la organización política del mundo, etc. Aquí nos daremos cuenta de los deberes de los pensadores, de los ciudadanos, de los funcionarios nacionales, de los Gobiernos nacionales, de los funcionarios internacionales, etc.

Por supuesto, se habla de *ventajas* de la Europa unida. Paz interior y paz exterior son ya dos de las ventajas que puede aportar la realización de la unión de Europa. Es lo que afirma el P. Weydert, S. J., al preguntarse *Pourquoi l'Europe?* Este teólogo orienta su investigación a mostrar las peculiaridades de *la Europa para la paz* y a palpar los planos de Europa como gran conjunto (la Europa económica), para conver-

ger en la Europa como comunidad de destino (unidad y diversidad, constitución de un centro de decisión política).

El volumen se completa con la inserción de las Conclusiones de la Semana—merecedoras de una atenta lectura, y la consiguiente meditación—y la publicación de un esquema de los *carrefours* celebrados a la par que los cursos magistrales de la Semana.

LEANDRO RUBIO GARCIA.

DALLIN, DAVID J.: *Soviet Foreign Policy After Stalin*. London, 1962, Methuen, XVI-553-páginas.

—: *Sowjetische Aussenpolitik nach Stalins Tod*. Köln-Berlín, 1961, Kiepenheuer & Witsch, 631 págs.

—: *La política exterior soviética después de Stalin*. Barcelona, 1962, Plaza y Janés, 514 págs.

BRZEZINSKI, ZBIGNIEW K.: *Der Sowjetblock: Einheit und Konflikt*. Köln-Berlín, 1962, Kiepenheuer & Witsch, 581 págs.

La parte negativa del anticomunismo occidental consiste, entre otras cosas, en la falta de estudios e informaciones sistemáticas y precisas sobre el comunismo, la Unión Soviética y sus países satélites, incluyendo a la rebelde China continental, Albania y Yugoslavia. Es verdad que en estos últimos años se han multiplicado esfuerzos para conocer lo mejor posible la sustancia ideológica del comunismo y sus diferentes manifestaciones prácticas en el campo tanto político como económico dentro y fuera de la U. R. S. S., centro del comunismo internacional, pero también es verdad que dichos esfuerzos no son coordinados y que, por consiguiente, los resultados de la investigación sobre la soviología no alcanzaron todavía el nivel que exigiría el presente momento histórico. Por esta razón acogemos con satisfacción la aparición de obras de fondo como son, indudablemente, las de Lallin y Brzezinski, autores de comprobado renombre internacional en el terreno de conocimientos sobre el bloque ruso-soviético o el comunismo.

Muchos observadores considerados como especialistas en asuntos soviéticos creen que la muerte de Stalin, en 1953, dió paso a una liberalización del régimen moscovita y que, tarde o temprano, la U. R. S. S. bien podría transformarse en un sistema político parecido al occidental. Esta afirmación responde sólo en parte a la realidad, ya que es necesario ver por separado el contenido y la forma de ciertos cambios llevados a cabo por los sucesores de Stalin en el sector de la política interior, por un lado, y en el de la política exterior, por otro.

* * *

Desde el punto de vista de la política interior, los herederos del imperio de Stalin reconocieron la necesidad de estimular la adhesión de las masas populares para seguir fomentando la conciencia «soviética» de todos los pueblos que forman parte de la U. R. S. S. y, por tanto, ir «construyendo» el socialismo con el fin de «preparar» el camino de transición al comunismo. El contenido sigue siendo el mismo; cambió sólo la forma de su posible realización. Su característica principal es la «destalinización», así como la «rehabilitación» de las víctimas del terror staliniano. Se ha suavizado el régimen político, pero se introdujeron nuevas formas de persuasión. En una palabra, el P. C. U. S. se ha modernizado en su infalibilidad respecto al pueblo. El programa de organización y acción preparado por Lenin y resucitado por Jrushev resultó mucho más eficaz que el proceso de «liberalización» que se encontró con masas endormecidas

RECENSIONES

como consecuencia de la situación reinante durante la época de Stalin; por ello no pudo tomar una forma concreta que posibilitase cambios en el contenido de los fines perseguidos por el Kremlin.

La política exterior no fue afectada por el proceso de «destalinización». El imperio que creó Stalin fué reconocido explícitamente por sus sucesores, dispuestos a defender su integridad por todos los medios; hicieron suyos también los principales fines establecidos por Stalin. Si el nacionalismo de los pueblos centroeuropeos (Alemania Oriental, Polonia, Eslovaquia y sobre todo Hungría) reivindicaba los derechos que emanan del principio de soberanía nacional, los sucesores de Stalin no vacilaron en emplear medios de terror en Berlín Oriental (1953) o en Budapest (1956) para conservar la obra del georgiano. Hubo que mantener íntegro el imperio soviético, consolidar sus posiciones y seguir fomentando su desarrollo en la «competición» con el mundo capitalista; ello provocó una serie de tensiones a escala mundial, tensiones que, a su vez, dieron lugar a que se produjeran ciertos cambios también en los métodos de que se serviría la política exterior soviética del período Malenkov-Jrushev.

El Kremlin fracasó en el intento de someter a los demás partidos comunistas bajo el mando central del P. C. U. S. La unidad staliniana del comunismo mundial empezó a presentar signos de descomposición que en la actualidad culminaría en el conflicto chino-soviético, secundado por Albania y la «herejía» yugoslava. Sin embargo, el policentrismo en el movimiento comunista internacional se encuentra sólo en la primera fase de su exteriorización práctica, pero demuestra que Jrushev no consiguió, diplomáticamente, realizar con éxito los fines heredados de Stalin. Buena prueba de ello son los esfuerzos del actual jefe del P. C. U. S.: ver compensados sus fracasos político-diplomáticos con éxitos militares. Estos se convirtieron en un factor diplomático en forma de constantes amenazas o de intimidación respecto al Occidente.

El Kremlin fracasó también en su política alemana: ni la República Federal ni el Berlín Occidental sucumbieron ante las amenazas soviéticas; tampoco tuvo éxito el Plan de Rapacki, según la cual toda la Europa Central debería ser transformada en una zona «neutral» y desatomizada. Austria logró su soberanía y los países del llamado bloque «neutralista» no se constituyeron en aliados de la Unión Soviética contra el Occidente (la India, el Oriente Medio, Africa o el Sureste asiático); fallaron los planes soviéticos de transformar dichos países revolucionariamente en satélites de Moscú, confiándose plenamente la tesis de que la Revolución marxista es irrealizable sin disponer un país de un fuerte partido comunista o sin ser invadido por un ejército adicto a la U. R. S. S. Francia y Alemania renacieron como grandes potencias europeas y, económicamente, el Mercado Común Europeo representa uno de los principales obstáculos al imperialismo ruso-soviético en el Viejo Continente. Ello quiere decir que en Europa encuentra la U. R. S. S. un contrapeso en Alemania, Francia y en Gran Bretaña capaces de defenderse con sus propios medios, aunque por el momento estén respaldadas por los Estados Unidos. En este sentido, América cumplió con su misión de la defensa del mundo libre contra el imperio soviético, cuya descomposición en Asia se debe a la actitud de la China comunista, que también pretende llegar a ser gran potencia y como tal hacer valer sus reivindicaciones nacionalistas y al mismo tiempo de dominio universal por medios que para la consecución de sus fines considera como adecuados, incluyendo reivindicaciones frente a la propia Unión Soviética.

Dallin cree que la U. R. S. S. seguirá el camino de descomposición y un día tendrá que retirarse a las posiciones que marcan sus fronteras. Los Estados Unidos y sus aliados continuarán fomentando el proceso de emancipación de los satélites de la U. R. S. S. «Imperios de la extensión de la Rusia staliniana constituyen en la Historia fenómenos pasajeros; tienen que desaparecer» (pág. 617), concluye el autor su excelente libro, cuya característica más relevante es su optimismo.

La estructura de la obra: Parte primera: *La situación internacional de la Unión Soviética a finales de la era de Stalin*. I. Stalin y sus colaboradores en la política exterior. II. Creación del imperio mundial por Stalin. III. El gran problema: Alemania. IV. El Oriente Lejano. V. El punto muerto (Oriente Medio, conflictos por todas las partes). Parte segunda: *La era Malenkov-Molotov*. I. La muerte del dictador. II. Libera-

RECENSIONES

lización. III. La postura frente al Occidente. IV. Conferencias y crisis. V. Las «democracias populares». V. El Oriente Medio. VII. La llegada de Nikita Jruschev al poder. Parte tercera: *El primer periodo jruscheviano*. I. La sesión del Comité Central (del P. C. U. S.) de julio de 1955. II. El deshielo y sus límites. III. «Liberalización». IV. Los neutrales. V. El XX Congreso del P. C. y la política exterior. VI. Fermentación en la Europa Oriental. Parte cuarta: *El nuevo curso en el Oriente Medio y Lejano*. I. El Oriente Medio. II. Moscú y Pekín. Parte quinta: *Jrushchev en el poder*. I. El año de embrollo. II. La crisis del neutralismo. III. Nuevo impulso en China. IV. Alemania.

* * *

La obra de Dallin constituye el aspecto general de la política exterior soviética. En cambio, la de Brzezinski se centra en un análisis de las relaciones entre los Estados particulares del bloque ruso-soviético y es prácticamente por primera vez cuando se estudia esta cuestión desde el punto de vista de la «unidad y heterogeneidad», y en forma de un libro, recogiendo la época que va desde 1945 hasta nuestros días.

Anteriormente hemos dicho que el programa de organización y de acción, preparado por Lenin y resucitado por Jruschev, resultó mucho más eficaz que el proceso de liberalización llevado dentro de la U. R. S. S. por los sucesores de Stalin. No obstante, hay que añadir que en ciertos cambios en la política soviética, aunque fueran de carácter puramente formal, originaron un proceso de «comunismos nacionales», cuyas repercusiones quedarán reflejadas en el presente conflicto ideológico chino-soviético.

La época de la identificación del movimiento comunista internacional con la Unión Soviética (entre las dos guerras mundiales) pertenece, al parecer, definitivamente, al pasado y cuando los líderes soviéticos tomaron nota de este desarrollo, la ley de la naturaleza humana animada por la destalinización en la Unión Soviética demostró que tiene que ser respetada incluso por la dialéctica marxista, por lo menos en sus puntos más esenciales, representados ante todo por las exigencias de los Estados satélites del Kremlin en la referente a la «soberanía nacional», si el imperio soviético quería evitar que sea desintegrado bajo la presión que le venía desde el interior, por un lado, y desde el exterior, por otro, citándose en una lucha silenciosa (especialmente en forma del levantamiento magiar de 1956) dos sistemas diametralmente opuestos: el socialismo y el capitalismo... No obstante, el factor ideológico que determina la acción de los líderes comunistas y las exigencias de poder del régimen comunista (que forman el contenido propiamente dicho de la obra) imponen que el nacionalismo sea considerado como el elemento principal para la política soviética, ya que sus fines, como se sabe, giran en torno a la posibilidad de someter a su dominio a todos los países y pueblos del globo.

El objetivo del autor consiste en un examen de los problemas relacionados con las transformaciones forzosamente experimentadas en estos últimos años por los países del campo soviético, así como de los métodos mediante los cuales los comunistas soviéticos y de otros países intentan solucionarlos conforme a su orientación ideológica. Salta a la vista también la influencia de la política interior soviética en las relaciones del Kremlin con sus satélites. Dentro de este cuadro de cuestiones se señalan las fuerzas que determinan la unidad, otras que condicionan la heterogeneidad del bloque ruso-soviético. Como punto de partida se tiene en cuenta la naturaleza del régimen comunista, prescindiendo, por lo tanto, de los intereses particulares de las naciones en cuestión. Es decir, se trata, como arguye el autor, de la reciprocidad de influencias dentro del bloque acaudillado por la U. R. S. S.

La organización de la materia estudiada concierne a las siguientes cuestiones: Parte primera: *Ideología y poder al nacer el bloque soviético*; la primera fase: 1945-1947; la segunda fase: 1947-1953. Parte segunda: *Ideología y poder en las relaciones entre los Estados comunistas*; la tercera fase: 1953-1956; la cuarta fase: 1957-1959; epílogo: las repercusiones del conflicto chino-soviético.

En resumen: en la vida del campo comunista de los últimos años se manifestaron dos

RECENSIONES

corrientes de actividad política: 1. La normalización de las relaciones entre sus miembros. 2. La intentificación de las mismas. Ambos aspectos tenían como propósito una minimización de las divergencias y de las confusiones en la repartición de las competencias del poder entre el centro moscovita y sus vasallos o aliados. Política exterior, asuntos militares e ideología siguen estando en manos de los soviets, excepto la China comunista. Los demás Estados estructuran su desarrollo social y económico más o menos independientemente, basándose su actividad más en el principio de la colaboración que en el de la obediencia (Stalin).

Las esperanzas de ligar estrechamente a los países satélites a Moscú subyacen en la idea de una interdependencia económica dentro del COMECON. En todo caso, la historia del campo comunista puede ser dividida en dos fases: en la staliniana y en la poststaliniana; ambas se extienden, respectivamente, a unos siete años de existencia, bastante bien diferente la una de la otra. En cierto modo, el campo ruso-soviético está hoy más capacitado para enfrentarse con diferentes corrientes de desarrollo que en la época de Stalin, en que cada movimiento *sui generis* fué suprimido mediante el terror, que *ipso facto* creaba condiciones para transformaciones sociales y económicas revolucionarias. Es decir, la actual situación de relaciones entre los Estados del bloque soviético se caracteriza más por la *evolución* que por la *revolución*. A pesar de ello, el objetivo final del campo ruso-soviético es la implantación del comunismo en todos los países del mundo.

S. GLEJDURA.

TRUYOL Y SERRA, ANTONIO: *La teoría de las relaciones internacionales como Sociología (Introducción al Estudio de las relaciones internacionales.)* Segunda edición. Revisada y aumentada. Instituto de Estudios Político. Madrid, 1963, 65 págs.

Si una cuestión ha promovido en estos últimos tiempos una amplia consideración, ella ha sido la teoría de las relaciones internacionales, porque aunque no se ha carecido de antecedentes y elementos de juicio en la historia del pensamiento político contemporáneo, ha resultado algunas veces un poco imprecisa en cuanto a su concepto y finalidad.

El trabajo que comentamos, dividido en tres capítulos, se refiere en el primero de ellos al carácter reciente del estudio científico de las relaciones internacionales en su propia condición, a la imprecisión de su denominación y objeto, a la negación de su razón de existir como disciplina independiente o distinta y a la heterogeneidad de su actual contenido y necesidad de una investigación crítica de su objeto. En lo concerniente a las relaciones internacionales como esfera de la realidad, define su autor a las relaciones internacionales, como aquellas que en el orden humano se caracterizan precisamente por su calidad de internacionales, señalando al propio tiempo que el autorizado especialista de la ciencia política y de las relaciones internacionales, J. J. Chevallier, considera como «complejo relacional internacional», el entrelazamiento de relaciones de toda clase entre los diversos Estados, juntas en el seno de la sociedad internacional. Por consiguiente, el profesor Truyol y Serra, que ha elaborado este trabajo, estima que «las relaciones internacionales son aquellas que se establecen entre individuos y colectividades que en su génesis y su eficacia no se extinguen en el seno de una comunidad diferente y considerada como un todo, que no exclusivamente, pero sí fundamentalmente, es la comunidad política». También en el primer capítulo, al tratarse el problema de las relaciones internacionales en el ámbito de los estudios interdisciplinados, se hace una exposición muy lúcida sobre la consideración científica de las relaciones internacionales desde las disciplinas tradicionales, mencionando especialmente la ideología de sir Alfred Zimmern sobre la situación de las relaciones internacionales, quien entiende «que es una materia que comprende el estudio de las relaciones

RECENSIONES

«entre gobiernos y entre pueblos, y además abarca tanto las condiciones geográficas o biológicas de la existencia de las agrupaciones humanas, como los principios filosóficos y morales». Finalmente, se pone de relieve la opinión de Quincy Wright de las relaciones internacionales como disciplina enciclopédica e incluso se plantea la cuestión de la legitimidad de las relaciones internacionales como disciplina distinta e independiente.

En la parte que comprende el capítulo II, o sea el que se refiere a las relaciones internacionales como disciplina particular en sus conexiones con disciplinas afines, se estudian dichas relaciones como rama de la ciencia política y las mismas como política internacional, pues con respecto a la situación actual, subraya el autor de esta obra, «que cabe decir con Hans J. Morgenthau que la política internacional tiene por objeto descubrir y comprender las fuerzas que determinan las relaciones políticas entre las naciones, y poner en claro los caminos por los que esas fuerzas actúan unas sobre otras y sobre las relaciones e instituciones político-internacional». Asimismo se presta especial atención a las opiniones emitidas por Nicholas J. Spykman, destacándose la posición adoptada por Marcel Prélot y Stanley S. Hoffmann, así como se enuncia que las relaciones políticas no son las que exclusivamente operan en la esfera internacional, porque suponiendo que fueran las más relevantes, están vinculadas a otras relaciones igualmente internacionales, que sobrepasan el ámbito de lo político.

Al examinarse la teoría de las relaciones internacionales como sociología internacional se puntualiza la definición que de ella hace el profesor británico Georg Schwarzenberger, en su libro *La política del poder*, el cual afirma «que el estudio de las relaciones internacionales es la rama de la sociología que trata de la sociedad internacional».

En lo tocante a las relaciones internacionales y la historia y a las relaciones internacionales como historia internacional, se efectúa un estudio acerca de los aportes efectuados por la historia política internacional a la teoría de las relaciones internacionales, manifestando el catedrático autor de este trabajo, en uno de sus pasajes, «que la historia, la política y la sociología estudian prácticamente la misma realidad, efectuándolo la primera desde el punto de vista de su despliegue irreversible en el tiempo, de lo que existe en ella de individual, y en cambio, la segunda y tercera solamente se atienen a considerar los puntos de vista genérico, típico y recurrente, en el flujo de su devenir».

En el capítulo final, o sea en el tercero, que trata de la investigación y enseñanza de las relaciones internacionales, se realiza un estudio bastante completo, sobre el idealismo y el realismo como dirección metodológicas en la teoría de las relaciones internacionales, en lo que atañe al espíritu sintético como cuestión imprescindible en la teoría de las relaciones internacionales, en lo referente a las distintas fases de la investigación y sus intrínsecas condiciones, en lo que respecta a los requisitos intelectuales de la función docente en materia de relaciones internacionales, y últimamente se presta particular atención a las perspectivas y objetividad que universalmente es posible alcanzar en la enseñanza de las relaciones internacionales.

ANTONIO LINARES.

MERKES MANFRED: *Die deutsche Politik gegenüber dem spanischen Bürgerkrieg 1936-1939*. Bonn, 1961, Ludwig Röhrscheid Verlag, 194 págs.

El presente libro se basa en la tesis doctoral que el joven autor presentó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Renana Friedrich Wilhelm, de Bonn, siendo incluida, a continuación, a las «investigaciones históricas de Bonn», como tomo 18. Se trata de una investigación que responde al espíritu de la nueva generación alemana, espíritu que no se limita a recoger, simplemente, interpretaciones ya existentes,

RECENSIONES

sino que somete a un examen crítico los hechos en cuestión y los confronta con realidades que se habían dado o podían haberse dado, si la política exterior alemana y extranjera hubiese tomado otro rumbo del que tomó en aquella época respecto a determinados países europeos. Por cierto, el estudio científico de la guerra española de 1936 a 1939 no alcanzó un debido nivel en la literatura política internacional, primero por haber terminado cuando la segunda guerra mundial reclamaba para sí todos los recursos humanos, y segundo, por haber caído, como acontecimiento histórico-europeo, en olvido como consecuencia de la «guerra fría» entre Este y Oeste provocada poco después (en 1948) de haber terminado la conflagración universal. Por esta razón, tenemos que acoger con agrado los recientes estudios hechos ya con bastante rigor y fomentados por centros de investigación que no se dejan arrastrar por el nerviosismo que actualmente caracteriza a la actividad humana en el terreno político-histórico no solamente en Europa, sino en general. Aún más, cuando se trata de investigadores jóvenes...

El trabajo de Merkes contiene diez partes que conciernen a las siguientes cuestiones: I. Introducción. II. El estallido de la guerra civil española y los orígenes de la intervención alemana. III. La puesta en pie de guerra de los voluntarios alemanes. IV. La política de no-intromisión hasta la creación del Comité de no-intromisión de 9 de septiembre de 1936. V. Las relaciones germano-hispanas hasta el reconocimiento de Franco el 18 de noviembre de 1936. VI. La política alemana respecto a España desde el 18 de noviembre de 1936 hasta la conclusión de los protocolos de julio de 1937. VII. La política de no-intromisión desde la creación del Comité de no-intromisión hasta el verano de 1937. VIII. La política alemana frente a España desde el verano de 1937 hasta el final de la guerra civil española. IV. La política de no-intromisión desde el verano de 1937 hasta el final de la guerra civil. X. Los resultados de la política alemana hacia España de 1936 a 1939.

Resumiendo, el autor dice que:

1. El Gobierno alemán no tomó parte en los preparativos del lanzamiento militar contra el Gobierno republicano español.

2. Los alemanes no acertaron al esperar que se llegase a la victoria rápidamente; el envío de la Legión CONDOR y el reconocimiento del Gobierno nacional se hicieron con la esperanza de que la guerra sería corta.

3. Ya en diciembre de 1936, el Gobierno alemán, produciéndose en su seno una crisis política, tomará una postura negativa, aunque seguirá enviando material de guerra.

4. ¿Llegó Franco a la victoria gracias a la ayuda alemana e italiana? Esta pregunta es contestada, insistentemente, por sus adversarios de un modo afirmativo. Sin embargo, consta un hecho de que los únicos países que ayudaron al alzamiento nacional en una u otra forma eran sólo Alemania, Italia y en parte Portugal (¿Cuántos países ayudaron a los rojos?). A pesar del material de guerra y sobre todo de la intervención diplomática germano-italiano-portuguesa en el Comité de no-intromisión, Franco nunca se convirtió en un instrumento de la política alemana o italiana. Por el contrario, el Generalísimo obraba siempre y en todas las circunstancias soberanamente, hasta tal punto que resultó un «aliado incómodo»... En este sentido, Alemania tuvo más comprensión que Italia, ya que el Gobierno alemán nunca emprendió pasos tan radicales como lo hizo el Duce al dar ciertas órdenes a sus tropas de tierra y a los aviadores sin consultar previamente a Franco (por ejemplo, el ataque aéreo contra Barcelona en marzo de 1938...). La política alemana respecto a España, como tal, contribuyó grandemente a que el país no se convirtiera definitivamente en un país comunista. Tampoco resultan ciertas aquellas afirmaciones según las cuales el Gobierno nacional español habría concedido al Reich bases militares en su territorio. Lo que interesaba a la España nacional fué la neutralidad.

5. Los documentos alemanes demuestran que el Gobierno de Berlín no hizo ningún esfuerzo para intervenir en los asuntos internos de España; además, tampoco fueron emprendidos pasos para introducir el nacional-socialismo en España, limitándose a una

RECENSIONES

propaganda general a favor del Tercer Reich y al servicio informativo sobre lo que pasaba en Alemania. Cuando el embajador Faupel iba demasiado lejos, en su propio interés, en los asuntos que se relacionaban con la Falange, fue revocado a sugerencia del Generalísimo.

6. Alemania consiguió ciertas ventajas en el campo económico mediante un convenio relativo a la provisión de materias primas, pero fueron frustradas por el estallido de la segunda guerra mundial.

7. Ha sido sobreestimada, desde el punto de vista técnico-militar, la utilización de los soldados (voluntarios) alemanes, ya que las condiciones de lucha en el campo de batalla español no pueden ser aplicadas al campo de batalla en Europa Central. Mejores experiencias consiguieron los alemanes en el campo de operaciones navales y de aire, sobre todo en cuanto a la combinación de diferentes fuerzas con las de la infantería se refiere.

8. El único éxito militar no consistía en comprobar la eficacia del nuevo material de guerra, sino más bien en la instrucción de los voluntarios, la cual despertó en ellos el sentimiento de seguridad, de supremacía y de confianza al manejar los diferentes tipos de armas. La contribución alemana a la victoria de los nacionales carece de documentos comprobatorios.

9. El efecto más decisivo de la guerra española resultó en el campo internacional. La intervención italiana impidió que Italia pasara al campo británico-francés.

10. El estudio de los documentos alemanes da a entender que fueron precisamente los políticos italianos los que se interesaban en acentuar la unidad del Eje a través de su intervención en la guerra española. Las arbitrariedades que Italia practicaba en el sector mediterráneo demuestran que Roma había ido mucho más lejos que Berlín.

11. Sin querer, Hitler encontró en Mussolini un aliado que le hacía falta. En cambio, los políticos británicos y franceses habían fracasado por completo con sus extrañas combinaciones... La intervención germano-italiana en la guerra española delimitó ya con claridad las fronteras de los futuros campos de batalla en Europa durante la segunda guerra mundial.

12. El Gobierno alemán dejó mano libre a Franco para llegar por sus propios medios de mando a la victoria, enviándole sólo tanto material de guerra y hombres cuantos creía fueran necesarios, sin perjuicio del programa de la producción de guerra alemana.

13. Alemania e Italia no han conseguido, para Franco, la victoria, aunque la facilitaron en parte. Para Hitler, España representaba sólo un escenario de segundo grado, ya que sus fines quedaban centrados en otras partes de la política internacional.

14. El Ministerio de Asuntos Exteriores de Berlín no compartía la conducta de Hitler (de la misma manera que en el caso de la ocupación de Renania; sin embargo, en ambos casos salió triunfante Hitler...).

15. Las potencias occidentales nunca tenían intención en impedirle su intromisión en la guerra española. De este hecho Hitler sacaría las conclusiones de que en caso de un mayor riesgo bélico, tampoco tomarían medidas para prevenirlo o impedir un conflicto a gran escala. Al parecer, los sucesos de 1938 (Munich) y luego de 1939 (el estallido de la segunda guerra mundial) confirman las intenciones del Führer durante el conflicto español.

En el apéndice se publican tres documentos de considerable interés para el conocimiento de la intervención político-militar alemana en España.

S. GLEJDURA.

RECENSIONES

FRANKEL, JOSEPH: *The Making of Foreign Policy. An Analysis of Decision-Making*, Oxford University Press, London, 1963, XV + 218 págs.

Se comprende perfectamente la importancia que tienen los asuntos internacionales en un mundo cuyas relaciones se van haciendo más frecuentes y más apretadas, aunque no siempre sea posible decir que más íntimas. Más que lo necesario para dedicarle no un estudio como éste, sino toda la mucha atención que la cuestión merece y está recibiendo. Esto es inevitable por razón de factores cada día más en evidencia, como el aniquilamiento de las distancias por la ciencia y la tecnología, el crecimiento constante de la población, que hace más necesario un mayor y más adecuado aprovechamiento de los recursos naturales, donde quiera que se encuentren, no menos que una mayor y más eficaz colaboración en su explotación y aprovechamiento, y, en fin, a causa de los progresos fantásticos que se han hecho y se siguen haciendo en las comunicaciones, que ponen en contacto, casi al instante, a las poblaciones de mucho o de todo el mundo con los acontecimientos de importancia donde quiera que se produzcan, y es más, con los razonamientos y explicaciones del por qué se han producido. Todo esto está notoriamente en evidencia y basta para poner de manifiesto la importancia y el interés del tema.

Acaso se pudiese decir, sin correr el riesgo de incurrir en grave error, que las relaciones internacionales son tan antiguas como las relaciones entre los hombres. De un modo u otro, se tropieza con lo extraño, con lo ajeno, en el momento en que se sale uno de sí mismo para establecer alguna forma de contacto con el ambiente que le rodea y en medio del cual se encuentra. Y se tropieza también con la necesidad de discutir, negociar y hacer y obtener concesiones. Y, con bastante frecuencia, hasta ahora, de luchar incluso para la defensa o la conquista de algo.

«El estudio de los asuntos mundiales—dice Joseph Frankel en el prefacio de esta obra—se puede centrar bien en el comportamiento de los Estados individuales, los únicos en posesión de un poder sustancial, o en los intereses comunes crecientes de la humanidad, en los métodos de evitar la guerra y en hallar los medios del cambio pacífico en la cooperación económica, social y cultural entre los Estados y en las instituciones internacionales establecidas para la atención de todo esto. Cuando, a la terminación de la primera guerra mundial, la política exterior cayó bajo el escrutinio de la opinión pública, se dieron razones de mucho peso para hacer hincapié en sus características peculiares debido al escenario internacional en que se desarrollaba. Cuando se establecieron departamentos académicos especializados, se designaba generalmente a las relaciones o la política *internacional* como su campo de acción y los libros de texto que fueron saliendo continuaron esta tradición. Si contra este uso general, el tema de este libro se designa como política *exterior*, esto no se debe ni a una sutileza semántica ni a que se haya rechazado el marco empleado generalmente. El punto de partida es común: no es ningún Estado individual, sino la sociedad internacional compuesta por más de un centenar de Estados. Dentro de este marco común, el foco del análisis puede variar. La mayoría de los escritores concentran la atención en la sociedad y relegan la discusión de sus miembros a una posición subordinada, mientras que este análisis se centra en torno a los miembros y a la manera en que determinan sus respectivas políticas exteriores. A pesar del rápido desarrollo de la sociedad internacional en las últimas décadas, en general el poder de la decisión continúa quedando restringido a los Estados.»

En las relaciones internacionales, como en todo, entran en juego factores que, como el ambiente en que actúan, se hallan en estado de cambio constante. El mundo de hoy es muy distinto al mundo que estuvo dominado por Europa, por ejemplo, y dentro de Europa, por un número reducido de Estados, siempre pocos, a lo largo de los años, aunque no siempre fuesen los mismos. Los cambios producidos en las últimas décadas han sido extraordinarios, tanto que resulta insuficiente a todas luces el método histórico

de acercarse a un tema como éste y, por lo tanto, llegar al establecimiento de una teoría de las relaciones internacionales, según el profesor Martín Wight (en un artículo publicado en *International Relations*, de Londres, citado por el autor de este libro).

«La razón está—dice—en que la teorización ha sido hecha en el lenguaje de la teoría y el derecho políticos. Pero éste es el lenguaje apropiado para el control por el hombre de la vida social. La teoría y el derecho políticos son mapas de la experiencia o sistemas de acción dentro del reino de las relaciones normales y de resultados calculables. Son la teoría de la buena vida. La teoría internacional es la teoría de supervivencia.»

Como la política exterior, el tema de este libro «consiste de decisiones y acciones que llevan implícitas en forma apreciable las relaciones entre un Estado y otros», es de esperar que esto mismo, las decisiones y las acciones, sea objeto constante de estudio, análisis y comentario y el pretexto fácil, aunque casi siempre de un interés tan grande que a veces es incluso apasionante, para adentrarse por la naturaleza del Estado mismo. El Estado es una institución humana, pero cuando se dice que el Estado ha tomado una decisión, ¿en qué se piensa concretamente?

De una forma u otra, una cuestión así ha llegado a tener interés e importancia en un mundo en el que tanto se habla de sociedades abiertas y de otras que no lo son o lo son en mucha menor medida. Pero, ¿es que en las sociedades abiertas el Estado y el hombre son, en realidad, una misma cosa, puesto que la dirección del Estado es confiada a hombres en cuya elección tienen todos los demás una participación directa y activa? Mr. Frankel advierte que «incluso en las democracias bien establecidas la idea de la política abierta (donde está abierto el recurso a las asambleas representativas y en un último recurso al electorado) no gobierna plenamente la política exterior. En Inglaterra, a pesar de los debates voluminosos en la Cámara de los Comunes y en la Prensa, todavía no sabemos exactamente cómo se tomó en 1956 la decisión de atacar a Egipto; en los Estados Unidos, la decisión de apoyar a los invasores de Cuba en 1961 no está igualmente completamente en claro».

Es una cuestión que se complica mucho más si se piensa en la influencia, en el poder y autoridad de decisión que han llegado a tener, especialmente en momentos y circunstancias críticos, los agentes, consejeros y confidentes de gobernantes y jefes de Estado de países de régimen democrático. Con frecuencia y en ocasiones en forma absolutamente decisiva, aspectos fundamentales de la política exterior han sido confiados a personajes que no tenían ningún cargo oficial o si lo tenían no guardaba, en realidad, relación con su poder e influencia, una circunstancia tanto más llamativa por el estado de total desvalimiento—a veces de ignorancia absoluta—en que se encontraban los respectivos ministros de Asuntos Exteriores, aparentemente nombrados para presidir el desarrollo de la política exterior de una nación determinada. De esta manera, la política exterior—o aspectos fundamentales de ella—de la Gran Bretaña en los días de la primera guerra mundial de Lloyd George al frente del Gobierno dependía mucho más de Philip Kerr (más tarde lord Lothian) que del ministro de Asuntos Exteriores, al igual que sucedió unos lustros después, en los días de Neville Chamberlain, cuando la influencia de sir Horace Wilson llegó a ser decisiva, o en los de Woodrow Wilson y Franklin D. Roosevelt, cuyos verdaderos ministros de Asuntos Exteriores eran el coronel House y Harry Hopkins, respectivamente, no los políticos nombrados oficialmente para el cargo y ratificados, como dispone la Constitución, por el Senado.

La política exterior tiene, tradicionalmente, un instrumento vital para su desarrollo: el servicio diplomático, pero sólo la política exterior está formada de muchas más cosas que la política—y a veces de mucha mayor importancia también—como la economía, los servicios de información (espionaje), la propaganda, etc.—, sino que incluso dentro de un campo de acción que se va quedando más restringido cada día irrumpen con extraordinario vigor y decisión factores nuevos, por lo menos en la escala ahora corriente. Cada vez que surge alguna cuestión de verdadera importancia, lo normal es celebrar una conferencia, realizar un viaje, establecer comunicación directa y a

RECENSIONES

menudo secreta entre jefes de Estado o de Gobierno o sus agentes especiales y así sucesivamente. Es más, no son infrecuentes las ocasiones en que las relaciones diplomáticas entre Estados son tirantes o frías, por lo menos, mientras que otras relaciones, económicas, culturales, etc., continúan siendo normales y hasta se ensanchan e intensifican.

Esto da amplitud, por un lado, a las relaciones internacionales y amplía constantemente el radio de acción de la política exterior de un país, pero hay, por otro lado, factores que tienden a restringir sin cesar el centro de verdadera responsabilidad o intervención en un aspecto crítico de la cuestión, el relativo a las decisiones de auténtica importancia, lo que llevó a sir Charles Snow a decir, en su *Science and Government*:

«Una de las características más extrañas de toda sociedad industrial avanzada de nuestros tiempos es que las decisiones cardinales han de ser hechas por un puñado de hombres: en secreto, y, por lo menos en la forma legal, por hombres que no pueden tener un conocimiento de primera mano de aquello en lo cual han de depender estas decisiones o sobre cuáles podrán ser sus resultados.»

Se ha llegado a una situación fantástica más bien que extraña, a la situación descrita por Mr. Frankel al observar que «los principales hombres de ciencia alemanes, Heinsenber, Wiczsaecker y Houtermans se abstuvieron deliberadamente de desarrollar las armas nucleares con objeto de evitar ponerlas a disposición de Hitler, aun cuando esta decisión suya fué completamente desconocida de los hombres de ciencia de los Estados Unidos».

Y, después de todo, ¿de quién fué la decisión de emplear con fines militares la primer bomba atómica, algo susceptible de guardar una relación decisiva con cualquier posible decisión futura de emplear las armas nucleares en un conflicto entre Estados? Se ha dicho, se dice todos los días, que ese empleo no sería posible, del lado norteamericano, sin la intervención directa, activa, del presidente de la nación.

¿Fué Truman, acaso y realmente, quien ordenó la destrucción de Hiroshima con una bomba tómica? Dice Frankel que Truman aceptó las recomendaciones de sus consejeros militares, apoyados a su vez en la opinión de Churchill, quien sostenía se debía emplear la bomba atómica, por lo que en realidad sólo podía quedarle decir dónde y cuándo. De manera que no deja sitio para la duda, dice Churchill en sus *Memorias*: «Que nadie se llame a engaño. Yo consideraba la bomba como un arma militar y jamás tuve la menor vacilación sobre su empleo.»

Al tomar posesión Truman de la presidencia, por la muerte de Roosevelt, se creó una situación enteramente nueva. Dice Frankel que «de faltaba experiencia y había sido mantenido (a pesar de haber sido vicepresidente) en una ignorancia total sobre el proyecto hasta que llegó a la presidencia». En un caso así, «¿qué podía sino aceptar el consejo?» Como dijo el general Groves, jefe del Proyecto Manhattan, que desarrolló la bomba atómica, «Truman no dijo tanto «si» como «no». Se hubiera necesitado mucho valor para decir «no» en aquella ocasión». Con esto se dice, en realidad, que la decisión no fué suya. De Truman fué, sencillamente, el asentir a lo que estaba ya decidido.

JAIME MENENDEZ.